

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL FORTÉ PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administr.: PERU 1537

Victorias y Giró & A. Barrios

LA ACCIÓN POLITICA DEL SOCIALISMO

El comité ejecutivo de la Internacional Socialista se reunió en el pasado mes de febrero en la capital de Luxemburgo. ¿Qué problemas de urgencia determinaron esa reunión de los dirigentes de la social-democracia europea? ¿Qué solución plantearon a los problemas políticos y económicos de esta hora, los lacayos del capitalismo internacional?

Para el socialismo no hay otra solución a los problemas de post-guerra que los derivados del creciente fortalecimiento de la burguesía y la seguridad del equilibrio económico del capitalismo. Los jefes de la Internacional Socialista, complicados en todas las maniobras reaccionarias de los Estados que sirven con fidelidad de lacayos, sólo se detienen a discutir las probabilidades de colaboración con los gobiernos reaccionarios. Y en la reunión de Luxemburgo, la burocracia socialista hizo de nuevo su profesión de fe burguesa y entonó una loa al triunfo laborista, propiciando a la vez el reconocimiento del gobierno bolchevique y la democratización de la Liga de las Naciones.

Todos los problemas sociales deben ser resueltos por la vía pacífica, por la acción jurídica de la Oficina Internacional del Trabajo creada por el Tratado de Versalles o por la colaboración parlamentaria de los jefes socialistas. He ahí, resumido, todo el programa reconstitutivo del socialismo europeo. Y en realidad, no se puede pedir otra cosa a los traidores del proletariado, que antes formaron la "sagrada alianza" para la guerra y hoy se alían al capitalismo para restaurar el derruido edificio del Estado e imponer el equilibrio burgués a costa de la miseria y del sometimiento de la clase trabajadora.

Un hecho sin otra importancia que la que se deriva de todo accidente político, — la transformación del laborismo inglés en partido de gobierno — motivó un enorme alborozo en los jefes de la Internacional Socialista. En ese indicio de avance político hacia el poder, ven los traidores del proletariado el premio de sus traiciones y un reconocimiento de sus cualidades de fieles lacayos por parte del capitalismo. De ahí que los burocratas marxistas aleguen, para justificar su propia ineptitud, que "la Internacional siempre hizo hincapié en las fuerzas morales de la humanidad" esino base de esa sociedad nueva, a la cual dirige la clase obrera. Hoy saludan de todo corazón el éxito obtenido por los camaradas ingleses, cuyos discursos, inspirados por las mismas ideas, tratan

de modificar la política internacional que hasta hoy ha sido el campo de batalla de los intereses de los capitalistas de diversas naciones".

El triunfo laborista no modificará las conclusiones de la paz victo-

"es una vergüenza para la humanidad que las poblaciones enteras, a los cinco años de haber triunfado la paz formal, continúen bajo la dominación arbitraria del militarismo de los vencedores", pero al mismo tiempo

JUBILACION



—Excelencia: el pueblo no quiere pagar.
—No quiere pagar? ¿Con qué pagamos los nuevos armamentos, si no quiere pagar?

rios para las naciones aliadas y de la derrota de Alemania. Los mismos socialistas aceptaron las condiciones dictadas por el vencedor y subordinaron a su cumplimiento el futuro equilibrio del capitalismo. El comité ejecutivo de la Internacional Socialista, fiel a sus compromisos con la burguesía mundial, declara que

considera que Alemania debe pagar las reparaciones y cumplir con lo establecido por el odioso tratado de Versalles.

Esa dualidad de criterio obliga a los jefes socialistas a mantenerse en una difícil posición frente al proletariado internacional. Pero creen salvar el escollo declarando que

"después de la victoria del Labour Party británico los gobiernos capitalistas se han visto obligados a buscar por sí mismos una solución económica pacífica del problema de las reparaciones". Pero como ese problema depende de la solución de las demás cuestiones planteadas por la guerra y agrava por consiguiente las condiciones económicas del pueblo alemán, el comité ejecutivo de la Internacional Socialista se ve obligado a apelar a una logomaquia política. Declara:

"Si la solución impuesta, de cargas a la clase obrera alemana, no puede ser soportada más que por la prolongación de la jornada de trabajo más allá de las ocho horas en Alemania y con una sensible baja en el salario real de los obreros de dicho país, el mecanismo de la concurrencia capitalista crearía una presión capitalista que obligaría a otros países también a prolongar la jornada de trabajo y a disminuir los salarios. De esta manera las reparaciones serían pagadas, no por las clases capitalistas de Alemania, responsables de la guerra y enriquecidas como consecuencia de ella, sino por los trabajadores de todos los países".

Y agregan los lacayos socialistas que "el acuerdo sobre el problema de las reparaciones no solamente debe hacer posible la liberación de los países ocupados, no solamente devolver a los derechos de Francia y de Bélgica, con la necesidad de estabilizar las monedas y restablecer el equilibrio económico en Europa, sino también preservar a la clase obrera internacional de una concurrencia alemana demasiado intensa y garantizar el restablecimiento de la jornada de ocho horas en Alemania y su mantenimiento en el mundo entero, y hacer recaer el peso de las reparaciones, no sólo sobre el trabajo alemán, sino sobre el capital alemán".

Esos fines no se consiguen calentando al capitalismo francés en su lucha contra la industria alemana. Pero los dirigentes de la Internacional Socialista, ya que no pueden fluidificar sus compromisos con la burguesía, confían al capitalismo la solución de los problemas sociales que dejó en pie la guerra y reagan la paz impuesta por las situaciones creadas. "Con buena voluntad" — declara el comité ejecutivo de la I.S. — "habiendo la Sociedad de las Naciones, aún imperfecta, más universal y más democrática, se podría seguramente conseguir ese consentimiento de generosidad, prelado necesario para la reducción de armamentos, y así preparar el desarme general y el arbitraje obligatorio que demanda la paz internacional, que no olvida la demarcación y la neutralización de ciertas regiones fronterizas".

Después de haberse una cómoda solución en el problema de las repa-

Los flaqueadores del Fascismo

raciones de la jornada de trabajo y de la paz universal, los burocratas marxistas reunidos en Luxemburgo se ocuparon el estudio de la cuestión rusa. En ese punto hacen esos equilibristas las más hábiles piruetas y los más arriesgados saltos mercales. He aquí la declaración del comité ejecutivo de la Internacional Socialista respecto al reconocimiento del gobierno bolchevique:

"El comité ejecutivo hace constar con satisfacción que desde el reconocimiento "de jure" de Rusia por el gobierno laborista inglés y el gobierno italiano, el pleno reconocimiento de la Rusia soviética por las demás potencias y el restablecimiento de las relaciones normales entre Rusia y Europa, pueden ser consideradas como un hecho inminente. En tal caso, el ejecutivo lo considera como la mejor demostración de que ha terminado el boicot internacional a Rusia y que es imposible volver a la política de intervención y de bloqueos que estimamos como apoyo favorable a la democratización del régimen político en Rusia.

"El comité ejecutivo, conforme plenamente con las resoluciones del congreso de Hamburgo, mantiene la sección de los partidos socialistas de los diferentes países para obtener el reconocimiento del gobierno soviético e invita a los partidos afiliados allí donde la burguesía se oponga aun al reconocimiento "de jure" de la Rusia soviética, para que redoblen sus esfuerzos a fin de conseguir dicho reconocimiento, lo que exige una atención particular, para que los gobiernos capitalistas no impongan más al pueblo ruso condiciones que equivalgan a una esclavitud económica.

"Por ello el comité ejecutivo considera que es deber de los partidos obreros socialistas de todos los países sostener a los socialistas rusos en su lucha contra el régimen bolchevique de opresión política.

"El comité ejecutivo envía un saludo a los camaradas rusos prisioneros y deportados, quienes a pesar de las persecuciones sufridas permanecen fieles al ideal socialista. Declara que el deber de todos los partidos adheridos a la Internacional O Socialista es realizar una acción enérgica para la amnistía completa de los prisioneros políticos en Rusia y la cesación de las persecuciones contra las organizaciones de obreros y de agricultores no comunistas.

"Por una parte, los socialistas reclaman el reconocimiento del gobierno bolchevique por los gobiernos capitalistas; por otra, concitan a sus partidarios a luchar contra el bolchevismo. Si la burguesía o como lea al gobierno de Moscú, debe conseguir y legalizar internacionalmente todos los crímenes de la "checa" y las terribles persecuciones llevadas a cabo por los tiranos comunistas. En qué forma, pues, concilian su doble actitud favorable al gobierno ruso y al mismo tiempo contraria a sus procedimientos políticos, los dirigentes de la Internacional Socialista?

Para los lacayos del capitalismo no existen extremos. De ahí que consideren que se puede defender al proletariado alemán favoreciendo los planes imperialistas de Francia y confiar a la Liga de las Naciones — engendrada por el infame tratado de Versalles y supeditada a los vencedores — la misión de restablecer la paz burguesa bajo el imperio del capitalismo. ¿Qué tiene de extraño que los antibolcheviques de ayer se convirtieran en los defensores de la tiranía leninista, esperando como recompensa un mejor trato de parte de los dictadores de Moscú? El marxismo es que el cinismo, desvergüenza, carencia de sentido moral y atrofia de las facultades sensitivas del hombre dominado por los peores instintos de la animalidad.

El fascismo ha vencido en Italia, por las vías y con los medios que todos saben, contra todos los partidos del pueblo considerados subversivos. Pero no habría vencido si no hubiera tenido la ayuda no sólo de las clases ricas en general, sino también de los mismos partidos organizados — conservadores, liberales y democráticos — que se dicen constitucionales y han sido, desde la formación del Reino de Italia en adelante, los que han tomado constantemente en sus manos el gobierno de la nación.

Estos partidos, y el gobierno que era su emanación, al ayudar al fascismo desde el 1920 al 1922 creían tener que vérselas con un movimiento esporádico, que habría desbaratado a las fuerzas proletarias y revolucionarias, aumentando las responsabilidades más graves que ellos no querían, y luego... se hubiera dejado poner en su lugar y contentar con algunas ministeriales a los elementos más asimilables. Al contrario, obtenida la victoria el fascismo lo quiso todo para sí, y de aquí empezó ese destrezo, ese desmenzamiento y anulación de todos los partidos políticos burgueses a quienes les fué aplicado sin miramientos ese puntapié en el trasero que antes o después pensaban ellos dar al fascismo.

Hoy estos partidos se encuentran en condiciones mucho peores que los partidos de la extrema izquierda y a base proletaria. Estos últimos por lo menos han conservado los cuadros y un pequeño número de partidarios esparcidos en todo el país, unidos por una idea y por un programa de porvenir; y viven una vida innegable, sea en la esperanza de todos los pobres y de todos los oprimidos, sea en el temor que les tienen sus enemigos. Pero los otros, que tampoco antes tenían ningún séquito de masas y eran exponentes de clientelas reducidas o de pequeñas castas y de consorcios de una importancia del todo contingente y aparente, privados del poder y de toda esperanza de volver a atrapar en breve tiempo, se han deshecho y licuado como nieve al sol.

El desastre pesará en sus filas el "salvase quien pueda". Naturalmente, hombres que consiguieron la vida de partido como algo inseparable de la vida de gobierno, del hecho de ser diputados, o ministros, o senadores o síndicos de grandes ciudades, o prefectos, etc., ante un hecho histórico nuevo que amenazaba desplazarlos completamente, hicieron sentir po-

lítico, debían agarrarse aunque fuera a un hierro candente con tal de no desaparecer. En el primer momento creyeron salvarse aferrándose a su partido a las más inverosímiles genuflexiones. Todos los partidos de gobierno eran ardientes "filofascistas"; y quizá tenían la esperanza de sofocar y absorber al fascismo en un enorme e impúdico abrazo.

Pero el fascismo no cayó en la trampa. Se sirvió un poco de todos, desde los clericales a los democráticos, en el primer momento, cuando tuvo necesidad de no espantar demasiado a las clases medias y de quieto vivir, en el interior y en el exterior; pero poco a poco dio con claridad que aceptaba el concurso de los hombres de las más diversas partes, pero sin condiciones y sin ligaduras de partido. De los partidos organizados no quiso nada; fuera del fascismo no hay partidos organizados amigos. Los amigos que se organizaban fuera del fascismo eran falsos amigos, pretendientes a la herencia y por eso interesados en la muerte del partido fascista del que al primer artículo del programa es el de... no querer morir a ninguna costa.

Los hombres políticos de los partidos constitucionales fueron así puestos en la disyuntiva: o renunciar a su partido y traicionario entrando en el juego del fascismo como instrumentos de éste, o bien ser catalogados entre los adversarios y renunciar a toda posible resurrección política mientras el fascismo dure. Una parte, la más pequeña, hizo coraje y se decidió a pensar en la oposición; pero entre el partido y sus comodidades, escogieron las segundas sin andar con muchos cumplidos. Sólo algunos, aunque pasando prácticamente a la otra orilla, han querido refundar de reservas democráticas y constitucionales; pero nadie los ha tomado en serio, — a empezar por los fascistas.

No nos referimos por ahora a los restos rechazados o que han ido voluntariamente hacia la oposición. Nos referimos a los que han tenido el coraje de apurar entero el cáliz del aceite de ricino y se alinearon al lado del fascismo. Los hay que por buenas o por malas aceptaron de plano la tarjeta fascista, y se cuentan ya sino como un número en el rebasé. Pero también los que todavía se dicen liberales, o conservadores, o constitucionales, o democráticos, hacen un simple juego de palabras. Sus partidos no existen ya.

Las elecciones que se están haciendo en este momento son el signo más significativo. Después de la lista de la mayoría parlamentaria, elegida a priori por el gobierno, las listas que tienen mayor número de nombres y se presentan en un número mayor de circunscripciones, son de la oposición clerical y de la subversiva: republicanos, socialistas, reformistas, comunistas. Las otras listas hacen reír, cuando no suscitan un sentimiento de piedad. Pocos nombres, y listas presentadas en dos, tres o cuatro circunscripciones a lo sumo; todas, menos tres o cuatro, mal toleradas, bien que se afanan en decir que se presentan sólo para contrarrestar el peso de los subversivos y para flaquear el partido de la "reconstrucción nacional".

El partido flaqueador por excelencia es el giolittiano, que podría llamarse el

partido de la conservación monárquica. En realidad no tiene otra pretensión fuera de gobernar en el mejor interés de la monarquía manteniéndose entre los partidos para que nada suceda. Note un día se opone a las expediciones coloniales y otro les es favorable; neutraliza y a la vez exaltador de la guerra, de mocrático hasta el reformismo socialista y luego plutocrático y partidario de los regímenes personales. El giolittismo es el que más eficazmente aliano en el parlamento y en el gobierno el camino al fascismo porque vivió en él el instrumento de la salvación de la monarquía; pero es también el que lo hubiera detenido en su ascensión en octubre de 1922, si el fascismo no hubiese dado aquel salto hacia adelante que lo puso fuera de alcance.

Ahora este partido ambiguo y conservador, reducido a pocas personas, pero gozando siempre de cierto prestigio en las esferas dirigentes, militares y de la corte, tiene el aire de un vigía atento a que el fascismo no se desvie a la izquierda y para empujarlo cada vez más a la órbita de las instituciones tradicionales saboyanas, para sostenerlo, asegurarlo. Pero el fascismo soporta mal esta especie de protectorado a distancia, bien que haya quien susurre que Giolitti es siempre la amilenencia gris del gobierno, por más fascista que éste se diga. Probablemente si el giolittismo es más tolerado que los otros esto no es sólo por los servicios prestados en el pasado sino también porque se sabe que su leader ha pasado los ochenta años y no podrá vivir otros... doce años multiplicados por cinco! Y desapareciendo Giolitti, también el giolittismo habrá muerto.

El partido liberal es el que más hace el papel de sirviente tonto. El ayudó al fascismo a llegar, y luego recibió puntapiés, azotes, mofas sin cuento. A pesar de ello, en los congresos, en el parlamento, en las declaraciones de sus jefes no hace más que ensalzar al fascismo y a su duce, se afirma su colaborador y flaqueador. Sólo... sólo tiene el antojo de mantener el nombre de liberal, de querer defender el estatuto, de reevocar las memorias históricas del realismo saboyanouriano; cosa que sacude terriblemente los nervios a muchos fascistas, bien que los más vivos de ellos se rien para sus adentros, pues saben bien que con charlas los liberales no molerán su harina, mientras que en realidad continúan dando vueltas a la rueda de la máquina fascista.

Por lo demás, el programa del partido liberal es tan antiproletario y antisocialista como el fascista. Probablemente si fuera al poder tal cual es, tendría una sola preocupación: legalizar la reacción que ahora se hace ilegalmente. Los escritores liberales no han dejado de advertir que entre liberalismo y fascismo no hay contradicción, puesto que el estatuto libertario consistente en el reforzamiento de la autoridad, del estado y del poder que se propone el fascismo.

Así se explica como tantos hombres del partido Liberal, congresando el secretario político — que, si no erro, hace una veintena de años republicano en una revista suya en Polonia — ultimamente entraren completamente en la órbita de la política fascista, aceptando entrar en la lista de diputados de la mayoría, aportando al fascismo el concurso y la clientela de todos los consejeros políticos del Mediodía que hasta aquí, por razones de rivalidad, leal con los grupos fascistas, que trataban de suplantarlos,

Un precursor del sindicalismo

Fernando Pelloutier

Nuestra Asociación Internacional de los Trabajadores ha querido que el 13 de marzo de este año sea recordado un nombre que ha dejado un gran rastro en la historia del sindicalismo revolucionario: Fernando Pelloutier.

Este nombre es bien conocido en la historia del movimiento obrero internacional, y aun cuando el mundo olvida demasiado pronto la obra de los beneméritos de la clase oprimida, sin embargo los más jóvenes de las luchas proletarias no pueden ignorar qué parte importante ha tenido Pelloutier en el movimiento sindicalista antipolítico.

Hablan de él diversos escritores a quienes conoczo. George Sorel, en su libro sobre la teoría de la violencia tiene palabras de admiración para Pelloutier, y considera un hecho histórico de gran importancia la entrada de los anarquistas en el movimiento obrero francés. Giuseppe Prezzolini, un escritor italiano bastante serio, que estudió un tiempo el sindicalismo francés, habla en un libro suyo de Pelloutier como de un héroe del sindicalismo. Y no olvidemos las bellas palabras que Pietro Gori, el gran orador y poeta anarquista italiano, escribía sobre nuestro desaparecido en un prefacio a la traducción italiana de un opusculo suyo.

En París y en toda Francia, el nombre de Pelloutier está ligado indisolublemente a la historia del sindicalismo y en la Casa de los sindicatos de la calle Grange-aux-Belles, justamente allí donde los revólveres comunistas fueron descargados sobre nuestros compañeros, hay un salón que ha sido bautizado en otro tiempo con el nombre de Pelloutier.

El nombre del nuestro no es, pues, desconocido, no es raro; pero se podría decir, que resurge hoy como un renombre más vivo que nunca, precisamente en razón del valor que adquieren y de la adversidad que desencadenan las ideas de que él fué el propagador más devoto y ardiente. Hay en torno a nosotros tanta obscuridad de dogmas políticos que resurgan, hay tanta autueta en los mistificados y también, digámoslo, tanta ingenuidad en las víctimas, que los hombres que quedaron fieles al sindicalismo obrero hallan en la reivindicación de los gran-

se mantenían aparte. Los poquísimos Eberales descontentos, que aquí y allá quisieran darse todavía un aire de independencia... mussoliniana, no impiden que el Partido como tal esté muerto y sepultado; sofocado por su misma fascistofilia.

Tal vez no es malo que esto suceda. Los equívocos es mejor que terminen. Ninguno de nosotros podía desear esta tormenta de reacciones, y cada uno de nosotros, pudiéndolo hubiera tratado de conjurarla, tantos son los daños que ha acarreado en todos los campos, tan fatigosamente cultivados, del progreso civil, para una cosecha humana de mayor libertad y justicia. Pero lo que ha sucedido no se puede ya impedir. Y entonces, si la tormenta, entre tantos males, ha hecho este bien de limpiar el terreno de los detritus del pasado político italiano, no seremos nosotros los que perderemos el tiempo, en lamentaciones por él.

Las tareas de hacerlo correspondían al proletariado; y la hubiera hecho, no por cierto con resultados exclusivamente negativos. Pero que la haya hecho otros (aunque a través de tanto dolor) es un beneficio que objetivamente queda señalado.

Luigi Fabbrì

des nombres de los guías y maestros desaparecidos, no sólo un refuerzo, sino un estímulo para la lucha, luces para las luchas y las ideas que deben agitarse entre las masas engañadas.

Muy justamente, el llamado con el que la A. I. T. invita a sus secciones a recordar al precursor, hace notar que su nombre representa un signo particular, una imprésión digital que impide toda posibilidad de confusión entre el sindicalismo obrero revolucionario y las justificaciones de los politicantes que llevan el mismo nombre.

Justamente. También entre los nuestros hay a veces quien se deja confundir y cree que se puede aceptar como buena la idea de que el sindicalismo significa el contenido del sindicato, cualquiera que sea la calidad del contenido mismo.

¡Santa simplicidad! ¡Pensad tan sólo que los politicantes, los carceleros que se reuniesen en sindicato para hacerme pagar mejor del Estado sus infames servicios, se convertirían por eso en... sindicalistas! ¡Los políticos y los mismos sacerdotes han constituido en muchos países agrupaciones obreras para ligar mejor a los trabajadores a los intereses de un grupo de dominadores o a un Estado amarillo o rojo (pero los Estados no son todos rojos... a causa de la sangre obrera derramada!) y esto constituiría nada menos que sindicalismo!

Podría decirse entonces que sindicalismo no significa nada y eso equivaldría a obligarnos a no distinguir por consiguiente entre vino y agua o petróleo cuando estos líquidos están contenidos en botellas; no habría que llamarlos sino botellas, de acuerdo a esa teoría.

No es una cuestión de etimología la que se ventila; es una cuestión de claridad de palabras que sirven para precisar ideas, y si queréis, cuestión de origen histórico de una palabra de la cual se deriva la verdad sobre los orígenes y la naturaleza de un movimiento.

En sus orígenes "sindicalismo" significó precisamente todo lo contrario, sea de los teoremas filosóficos-políticos en uso en las nuevas corrientes políticas (y politicantes), como en Italia en la escuela de Labriola y compañía (y no nos levantamos ahora por primera vez contra estos que en gran parte han salido del partido socialista por no hallar en el satisficimiento a sus ambiciones electorales), sea del sindicato de partido o de gobierno, o de utilidad corporativa. Coaliciones bastardas, conservadoras y reaccionarias como estas las hubo siempre y se llamaron corporaciones o confraternidades o no importa qué otros nombres, y su acción podía calificarse de filatropía, de mutualista, de protectora, pero no de "acción sindicalista".

De sindicalismo se comenzó a hablar cuando acompañó una idea de reivindicación social al hecho de la movilización proletaria sobre el terreno del sindicato de clase. De sindicalismo se comenzó a hablar cuando se quiso arrancar al proletariado a la tutela de los partidos, a la protección de los filántropos, a las ilusiones del parlamentarismo, a las mentiras de la colaboración social, a la esterilidad del corporativismo, a los peligros de la centralización...

Y entonces y sólo entonces se comienza a hablar de sindicalismo. Sacerdotes y patronos, reformistas y parlamentarios, socialrevolucionarios aspirantes también al poder y social-nacionalistas, quién por una razón, quién por otra, todos se declararon rabiosamente antindustrialistas y acusaron al sindicalismo de ser la peor y más infame maquinación infernal contra las ideas de orden, de jerarquía y de paz social.

Es entonces cuando el nombre de Pelloutier brilla en Francia y se hace conocer en el mundo obrero y en los congresos internacionales.

Después de una juventud de estudios y de ilusiones democráticas, Pelloutier se traslada de la provincia a París,

hacia 1892. Tiene 25 años, pues nació en París en 1867.

En París se despertaron en él todas las energías de su temperamento rebelde y de su pensamiento renovador. Ingresó en el socialismo, pero apenas pone los pies en los ambientes políticos del partido se siente a disgusto. En el congreso nacional socialista de Saint-Nazaire se revela ya un hereje. En tanto que los jefes del partido no piensan más que en las elecciones y en los problemas adyacentes, él propone una moción sobre la huelga general. Esta idea fué agitada en la Primera Internacional; pero los partidos socialistas que aparecieron poco a poco después de 1880 hicieron todo lo posible por olvidarla. Pelloutier pasó pronto al socialismo antestatal: se vuelve anarquista. Inicia entonces la lucha en el terreno sindical para reavivar el movimiento y crearlo donde no existía, darle una idea directiva e inculcarle las ideas de la huelga general, de la acción directa, de la gestión directa, del rechazo de la política parlamentaria y de la valorización de la política de clase en el sindicato, para desviar a los obreros de las ilusiones de la legislación social, adhiriéndolos al mismo tiempo en las luchas que realizan en pro de conquistas directas y de beneficios posibles hoy y para combatir los empueramientos inevitables en el régimen actual de opresión. En fin, para encontrar un tipo de institución proletaria apto para desarrollar en la clase obrera la capacidad de un orden social nuevo al margen de las viejas ideas de autoridad y de Estado, de dictadura y de centralización.

La idea que se forma de la *Bourse du Travail* y la idea de una comuna libre y federada, con las otras comunas es algo así como la idea de un soviet en el sentido verdadero y no estatal ni comunista de la palabra. La doctrina de Proudhon, que había dejado en Francia tantos buenos germenes, se integra en él con el idealismo bakuniniano. El proletariado comprende pronto al hombre que sabe indicarle el buen camino. Pelloutier vive así una decena de años de vida febril, exasperante, de luchas que trastornan toda la política de los parlamentaristas en el movimiento obrero. Esto, nada más que esto, es el sindicalismo, el cual se llamó revolucionario precisamente porque revolucionaria es una acción que tiende a dar a una clase oprimida una fuerza autónoma de emancipación; no para gobernar a otras, sino para no ser gobernada y para no gobernar, para realizar una sociedad de productores libres.

La Federación de los *Bourses du Travail* de Francia fué creación de Pelloutier. Vivió demasiado poco pero luchó bastante y bien. Desde niño Pelloutier había contraído la tuberculosis en el seminario donde había estado recluido para hacer sus primeros estudios. Es su hermano Maurício el que cuenta estos detalles en su libro sobre el desaparecido. Pelloutier estaba, pues, condenado a una vida breve; pero la aprovechó ciertamen-

te en el decenio de 1891 a 1901, año de su muerte.

Nos dejó algunos libros de valor: *Les ouvriers de France*; *La Fédération des Bourses du Travail en France*; *Este último libro sobre todo debería ser conocido por los compañeros y los militantes de todos los países. También la Revista obrera de ambos mundos, fundada y dirigida por Pelloutier, es una buena colección de cosas útiles. Pelloutier aparece en el congreso socialista internacional de Londres (1896), donde realiza una lucha firme contra los parlamentarios, el lado de Malatesta, de Luisa Michel, de Pedro Gori, de Landauer, de Demela Nieuwenhuis y de otros de tendencia antipolítica. En efecto, fué en la sección francesa del congreso mismo donde los politicantes sufrieron el golpe más decisivo. A pesar de la perseverancia de los grandes magnates de la socialdemocracia de Francia, entre los que estaba el actual presidente de la república, Millerand, la mayoría de la sección francesa se pronunció contra la expulsión seguida por los secaces del electoralismo y contra su sectarismo. Sería curioso reproducir de los periódicos de la época que he podido consultar someramente estos días las comentarios que promovió en Francia la guerra infligida en Londres a los magnates de la socialdemocracia.*

Muchos fueron los méritos de nuestro Pelloutier en el desarrollo de nuestra concepción sindicalista y se puede también decir que su muerte prematura influyó no poco en el rumbo que tomó después el sindicalismo en Francia, el cual, con la constitución de la C. G. T. a base centralizada, entró en una dirección peligrosa y se volvió pesado, desengañando en sí los gérmenes de aquella adaptación a las circunstancias que lo mantuvo siempre lejos de las iniciativas del sindicalismo internacional. (En 1913 los franceses no quisieron intervenir en nuestro congreso de Londres por temor a... desagraviar a su Internacional sindical dirigida por Liégen, Sassembek y otros) y lo hizo rendirse a los acontecimientos de 1914, mientras los sindicalistas de todos los demás países quedaban en su puesto.

Las ideas de Pelloutier fueron traicionadas entonces y olvidadas, y pareció a muchos significativo que en el caso de los salmudistas de la bella guerra constituyese una excepción la voz de Jorge Ivet, aquel que fué compañero fiel de trabajo de Pelloutier y que había quedado como su sucesor en la Federación de las Bolsas del Trabajo de Francia.

El nombre de Pelloutier pertenece hoy al sindicalismo revolucionario mundial agrupado en la A. I. T. y nuestra Internacional ha hecho bien en invitar a sus organizaciones a celebrar la memoria de este precursor que parece indicarnos, como un faro, el buen camino.

Luis Fabbrì

Cosas de todos los días

Un chofer "pobre, pero honrado"

En los diarios grandes y con títulos grandes, aparece la noticia de un chofer que, encontrándose una valija con alhajas, la devolvió a su dueña. He aquí un individuo "pobre, pero honrado". (Nada más lógico que si es honrado tenga que ser pobre; lo ilógico sería que hubiese alguien "rico, pero honrado".) Pobre lo es, sí; basta saber que trabaja. ¿Honrado? Todavía no lo calificamos como tal, para ello es preciso averiguar esto: ¿Aceptó gratificación por su "acto de honradez"? Si la aceptó, no es honrado, y sin atenuante. Fatalmente, se viene a la memoria aquel admirable y terrible cuento de Barrett: Un pobrete encontró una cartera con 2230 pesos y la llevó a su dueño, un ricacho. Este no sólo no le dió propina, según el pobrete lo esperaba, sino que se burló de él y acabó tirándole al fuego esos 2230 pesos que representaban "la salud de su mujer y la alegría de sus niños". Los tiró porque le sobraban; y al

pobrete le eran imprescindibles, casi eran su felicidad! Tal acción, habiendo de ensoparse, y se echó sobre el ricacho; más de lo mejor alimentado y ocioso que para no bastarse hacía gimnasia en el club, dominó al otro débil y mal nutrido. Lo echó a empujones a la calle, bajo la lluvia, Terminó Barrett: "Y el señor señorito considerándolo que por algunos instantes había convertido en un esclavo abyecto en hombre, él que tan acostumbrado estaba al fenómeno inverso". (1)

No sé si esta señora rica habrá dado comuna legal a esos propina al pobre honrado que le devolvió parte de lo que ella usurpara a los demás pobres y a él mismo. Ella, si fué estúpida, debió darle propina, porque nada más equo para perpetuar el "orden capitalista" (2) que la "honestidad que vivifica al pobre y le hace doblar" el capitán agradecido. Si ella no fué estúpida, no habrá dado nada a ese pobre honrado, y de este modo perpetuará el descontento, virus terrible, virus peligroso! Tan peligroso virus, al descontento, que a uno de estos "pobres honra-

tan serviles que devuelven a sus explotadores... tan serviles que devuelven a sus explotadores...

Y todo no es predicar a los pobres que se quedan con lo ajeno... Y todo no es predicar a los pobres que se quedan con lo ajeno...

Un doctor de 18 años

Un niño de 18 años, acaba de obtener el título de médico en nuestra Universidad... Un niño de 18 años, acaba de obtener el título de médico en nuestra Universidad...

En una sociedad constituida sobre el principio de la fraternidad humana... En una sociedad constituida sobre el principio de la fraternidad humana...

En esta sociedad capitalista-personalista el objeto es "llegar"... En esta sociedad capitalista-personalista el objeto es "llegar"...

Abierta y unguic... Abril, 1924 - Bs. Aires.

Por qué me vestí... PASCAL-

Eugenio Carriére y el Salón de Otoño

(Conclusión)

Reflexionando, yo no hubiese debido asombrarme de un rechazo que en el momento me había fuertemente impresionado... Reflexionando, yo no hubiese debido asombrarme de un rechazo que en el momento me había fuertemente impresionado...

No aceptando una argucia tan sutil, traté de convencerlo, pero en vano... No aceptando una argucia tan sutil, traté de convencerlo, pero en vano...



Proponiendo de ese orden absorbente denso para que diera importancia alguna a las cosas materiales... Proponiendo de ese orden absorbente denso para que diera importancia alguna a las cosas materiales...

un cáncer en la garganta. Una primera operación abortó un plazo de algunos meses al martirio al que asistíamos desesperados... un cáncer en la garganta. Una primera operación abortó un plazo de algunos meses al martirio al que asistíamos desesperados...

En una de mis visitas, encontré un día a dos jóvenes rumanas a su lado... En una de mis visitas, encontré un día a dos jóvenes rumanas a su lado...

El primer día del año en que terminó esa vida tan noble, fui a abrazar a Carriére... El primer día del año en que terminó esa vida tan noble, fui a abrazar a Carriére...

Recordando a Juan Jacobo Rousseau, cuya heroica sinceridad me inspira una especie de veneración... Recordando a Juan Jacobo Rousseau, cuya heroica sinceridad me inspira una especie de veneración...

ciertas circunstancias, me parecen múltiples y confusas. El había mala que presidió a mi bautismo me ha dotado de una combatividad ciega, que me impulsa a buscar la batalla, a ir ante los golpes y a chocar instintivamente contra molinos de viento que me han recientemente rotos los huesos. La tentación de atacar solo contra todos o de tomar la honda contra Góblat, posee para mí atracciones irresistibles, tentación que, en verdad, está quizá mezclada con la vanidad informulada de triunfar de dificultades que otros no hubieran podido vencer. Pero el móvil más poderoso que derrumba en mí resoluciones juzgadas inquebrantables, es, yo creo, el deseo de aportar un poco de dicha a los que yo amo y admiro. Hay en esto una especie de fascinación embriagadora a la cual no trato de resistir.

Se excusará, en consecuencia, la idea que tuve de reclamar del ministro la combata de comendador para el que iba a morir. Esperaba que esa medida de justicia llevaría un poco de dulzura al artista, que, yo lo sabía, estaba herido por la hostilidad prolongada del Gobierno a su respecto. Me gasté en súplicas humildes y visitas fastidiosas al ministerio, donde se besita, se dan rodeos, se me engaña y al fin se me esconden. Sin embargo, Dujardin-Beaumez, cuyos ridículos han sido muy exagerados, era un buen hombre lleno de excelentes intenciones y mucho más abierto de lo que se supone al movimiento moderno. Pero era débil, indeciso e incapaz de sacudir el yugo del ambiente deplorable que lo rodeaba. Esa corbata roja, según me afirmaron, había sido prometida a Dawant o a otra personalidad eminente de los Artistas Francéses de la cual me es imposible recordar el nombre, y que ha desaparecido sin dejar siquiera su sombra sobre el muro. El Estado acostumbra semejantes errores, y es gracioso estar dotado de una colosal ingenuidad para asombrarse de acciones que le son habituales. Hace tres años, sin la energía intervención de M. d'Estournelles de Constant, que arriesgó su carrera exigiendo una designación que debería haber sido hecha hace tiempo, yo no hubiera obtenido nunca la cruz de comendador para Renoir, nombrado anteriormente oficial por el ministro de Comercio — el hecho es demasiado conocido para no decirlo — para Renoir, una de las glorias artísticas más puras del siglo XIX, para Renoir, que recibió a los 78 años y algunos meses antes de su muerte, ese favor casi pueril para un maestro de su temple.

Es cierto que ni Daubigny, ni Sisley, ni Pizarro, ni Degas, ni Toulouse-Lautrec, ni Monet, ni muchos otros fueron gratificados con la menor cinta, distribuidas a troche y moche a innumerables fracasados cuyas obras son la risa de la Europa civilizada.

Dejando la muerte de Jerome una vacante de profesor en la Escuela de Bellas Artes, mi amigo, sin la menor recomendación, encontró divertido presentar su candidatura, acompañando simplemente su pedido con la fe de nacimiento, y otro documento exigido en la nota del Diario Oficial. Me confesé que eso no había sido sino una broma de taller, pero sabía demasiado el resultado de su pedido. El Consejo Superior de la Enseñanza de la calle Bonaparte — formado puramente por artistas, no lo olvidemos — rechazó la solicitud por unanimidad, menos tres votos, entre los cuales el de Mareel, el director de Bellas Artes en esa época.

Ahora bien, los que han seguido las lecciones de Carrière saben que ese hombre era un maravilloso, un excepcional educador. Claramente, él se ocupaba poco de rectificar el largo de una nariz, de acentuar una rótula, de alisar un hocico, pero insuflaba a sus auditores la

pasión por el arte, explicaba en términos admirables cómo se había de interpretar a la naturaleza, indicaba los lienzos armoniosos que ligan los seres al ambiente, al medio, al paisaje, al cielo, a los árboles, traducía el emocionante misterio de las cosas, llenaba de nobleza las más humildes actitudes, revelaba la irradiación del espíritu a través de la materia, se mostraba orador, poeta, filósofo, moralista, e inculcaba a los jóvenes corazones el cariño por la vida. Y a ese maestro incomparable, a ese poeta antorcha positivamente único, al que desleñosamente se ha cerrado la boca, fué a ese sembra-

dor de luz a quien se le paralizaban estápidamente los brazos, el Qué compasión! Carrière duerme bajo las flores, allá abajo, en el cementerio de Mont-Parnasse, rodeado del afecto, de la admiración y de la veneración de sus amigos y discípulos, de todos los que reciben de sus obras un consuelo, una enseñanza, una alegría. Su gloria no está atenuada en lo más mínimo por las indignidades cometidas contra él, y es a los que pasaron a su lado sin comprenderlo y hasta sin conocerlo que es necesario compadecer.

FRANTZ JOURDAIN



NEKRASOF

La obra del poeta Nekrasof ha sido objeto de una viva controversia en Rusia. Nació en 1821; era su padre un oficial pobre del ejército; que se había casado por amor con una polaca. Esta debió haber poseído eminentes cualidades, pues en sus poemas Nekrasof habla de la madre, siempre con las palabras del más profundo amor y respeto, lo que no se encuentra en ningún otro poeta. Su embargo, su madre murió muy joven, y la gran familia, compuesta de trece hijos, debió pasar por momentos de verdadero embaraço. Nicolás Nekrasof, el futuro poeta, apenas había cumplido diez y seis años, cuando abandonó la ciudad de provincia donde vivía su familia y se encaminó a Petersburgo, con el objeto de frecuentar la facultad de filología en el Universidad. La mayor parte de los estudiantes rusos viven muy pobremente — especialmente de lecciones privadas o aceptación de familias, alguna puesto de instructor, mal retribuido, pero en el que, sin embargo, tienen alojamiento y lo necesario para la subsistencia. Nekrasof

atravesó simplemente la más espantosa miseria: "Durante tres años enteros — escribió más tarde — he sufrido hambre todos los días. Ocurría, a menudo, que yendo a uno de los grandes restaurantes, donde pueden leerse los diarios, aún sin pedir nada para comer, mientras se trataba de aproximarme al plato del pan y comerme algún trozo, y esto era mi único alimento". Finalmente enfermó, y cuando comenzaba a restablecerse, una fría noche de noviembre, el viejo soldado que le alquilaba un miserable zaqizami negó la entrada al cuartocho. De este modo Nekrasof hubiese pasado la noche a raso, si un mendigo, que pasaba en aquel momento, no se hubiese apladado de él, llevándolo consigo a un antro, en los suburbios, donde el joven poeta ganó además algunos centavos escribiendo una súplica para uno de los colinquillos. Esta fué la juventud de Nekrasof.

Empero, durante este período tuvo ocasión de trabar conocimiento con las clases más pobres y más humildes de Petersburgo y el amor que junto a ellos sintió

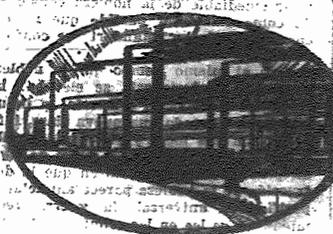
durante esta peregrinación perduró en él toda su vida. Gradualmente, con su trabajo infatigable y con la publicación de una especie de almanaque, comenzó a mejorar sus propias condiciones materiales. Llegó a ser colaborador fijo de la principal revista de aquella época, en la que escribieron Turgenyev, Dostolevski y Herzen, y todos los mejores escritores de aquel entonces. En 1846 se hizo directamente editor. "El Contemporáneo" tuvo muy pronto como colaboradores las principales fuerzas intelectuales de Rusia y representó una parte muy importante en la vida rusa de los quince años siguientes. En "El Contemporáneo" del decenio posterior al 50 se relacionó y trabó amistad con dos hombres notables, Tchernichevski y Dobroliubof, y durante este período escribió sus mejores versos. En 1875 cayó gravemente enfermo y los dos años siguientes su vida fué simplemente una agonía. Murió en diciembre de 1877 y millares de personas, especialmente estudiantes universitarios, acompañaron su féretro.

Sobre su tumba comenzó aquella apasionada discusión, a la que aún no se ha puesto término; sobre los méritos de Nekrasof como poeta. Hablando sobre su tumba Dostolevski colocó a Nekrasof junto a Pusckin y a Lermontof ("Por encima de Pusckin y de Lermontof" — exclamó un joven entusiasta detrás de la muchedumbre) y la cuestión: "¿Es Nekrasof tan gran poeta como Pusckin y Lermontof?" desde entonces, no ha cesado de ser discutida.

La poesía de Nekrasof ha representado en mi juventud, en mi desarrollo espiritual, una parte tan importante que no oso abandonarme a mi propia opinión y me llimito, por consiguiente, para aprobarla y confirmarla en cierto modo a cotejarla con las opiniones de los críticos rusos Arsenief, Skalkchevsky y Vengherof (autor de un gran diccionario biográfico de los escritores rusos).

Cuando entramos en el período de la adolescencia, de los diez y seis a los veinte años, no encontramos palabras para expresar las aspiraciones y las ideas elevadas que comienzan a despertarse en nuestro espíritu. No basta poseer estos anhelos: tenemos necesidad de palabras para expresarlos. Algunos los encuentran en las piegarías que escuchan en la Iglesia; otros — y yo pertenezco a estos últimos — no se satisfacen con esta expresión de sus sentimientos: sería para ellos demasiado vaga y buscan algo nuevo para expresar con palabras más precisas la creciente simpatía por la humanidad y las cuestiones filosóficas de la vida y del universo que alberga su espíritu. Ellos buscan ayuda en la poesía. Las palabras que busca el corazón para poder expresar sus sentimientos, me fueron otorgadas, de una parte por Goethe con su filosofía, y de la otra, por Nekrasof con su expresión precisa. Empero, esto es sólo una concepción personal. La cuestión es si Nekrasof puede verdaderamente, como gran poeta, ser colocado junto a Pusckin y a Lermontof. Algunos rechazan decididamente, sin más ni más, este parangón. No era un poeta — dicen — porque ante sus ojos tuvo siempre un fin determinado. Mas este argumento, empleado por los "estetas puros", es visiblemente falso; también Shelley siguió una tendencia determinada, lo que no le impidió ser un gran poeta. Todo gran poeta persigue, una intención precisa en la mayor parte de sus poesías y la cuestión reside solamente en comprobar si él ha o no hallado una bella forma para expresar esta mira. El poeta que lograse unir una forma realmente bella, esto es, imágenes expresivas y versos sonoros, con un fin elevado, será un gran poeta.

Ahora bien leyendo a Nekrasof se nota ciertamente que él sintió cierta dificultad al escribir sus versos. En sus poesías no se encuentra nada que recuerde la facilidad con que Pusckin empleaba las formas de la versificación para expresar sus pensamientos ni es posible compararlo a la armonía musical del verso de Lermontof o de A. K. Tolstói. Aún en sus mejores poesías hay versos que suenan desagradablemente al oído con su forma dura y sin gracia; mas se nota que estos mismos versos sin éxito, con un cambio de pocas palabras podrían ser mejorados, sin que fuese comprendida la belleza de las imágenes, en las que están



expresados los sentimientos. No indudablemente que Nekrasof no posee un completo dominio de la palabra y de la rima; no obstante, no se encuentra en él una sola imagen poética que no esté de acuerdo con la idea total de la poesía, o que para un lector diácono o no sea hermosa, mientras en algunas de sus poesías un elevado grado de inspiración poética está ciertamente ligada a una gran belleza de forma. Es menester no olvidar que los "Yambos" de Barbier y los "Castigos" de Victor Hugo se resienten en cuanto a la forma en alguna que otra parte.

Nekrasof era un escritor extraordinariamente desigual, sin embargo uno de los mencionados críticos ha notado que aún en una de sus poesías menos poética — en la que describe en malos versos la imprenta de un diario — tiene en ellas cuando trata de los sufrimientos de los obreros, doce versos que resaltan en cuanto a belleza de imágenes poéticas y melodía, unidas a la fuerza interior, la que halla pocos equivalentes en la literatura rusa.

Cuando juzgamos a un poeta, encontramos algo general en su poesía que amamos, ante lo cual pasamos indiferente, y reducimos la crítica literaria exclusivamente al análisis de la belleza de los versos del poeta o a la relación entre "idea y forma", significa disminuir inmensamente su valor. Todos reconocerán que Tennyson posee una maravillosa belleza de forma y sin embargo no puede ser considerado superior a Shelley, por la simple razón que el contenido general de la idea de este último superaba al de Tennyson. Es sobre el contenido general de su poesía donde está basada la superioridad de Nekrasof.

Tenemos en Rusia — observa S. Vengherof — muchos poetas que escribieron sobre asuntos conocidos o sobre los deberes de los ciudadanos, como Fleischel y Minalef — los que alguna vez, desde el punto de vista de la versificación, logran una belleza de forma superior a la de Nekrasof. Pero en todo lo que escribió Nekrasof hay una fuerza que no se encuentra en estos dos poetas, y esta fuerza la sugieren las imágenes, que son justamente consideradas lo más precioso de la poesía rusa. Nekrasof llamaba a su musa: "La Musa de la venganza y de la melancolía", y esto no es cierto. Nekrasof era pesimista, pero su pesimismo tenía un carácter original. Si bien sus poesías contienen muchos cuadros que angustian, representando la miseria de las masas rusas, no obstante, la impresión fundamental que dejan en el lector es un sentimiento edificante. El poeta no inclina la cabeza frente a la tristeza de la realidad; combate contra ella y está seguro de la victoria. La lectura de Nekrasof despierta el descontento, que trae consigo el germen de rebeldía.

La masa del pueblo, los aldeanos y sus sufrimientos, son los temas principales de nuestro poeta. Su amor por el pueblo pasa a través de sus obras como un hilo rojo; permaneció fiel a él toda su vida. En sus años juveniles este amor impidió que malgastase su talento en aquella especie de vida que llevaban tantos de sus contemporáneos; más tarde lo inspiró en su lucha contra la servidumbre de la gleba, y cuando esta servidumbre fue abolida, no consideró terminada su obra, como hicieron muchos de sus amigos; se hizo el poeta de las masas obreras y oprimidas por el yugo político y económico. Escríbe:

"Vosotros, cuya vida es fiesta y palabra; — Vosotros, cuyas manos están manchadas de sangre, — Conducidme al campo de los — Que pelean por la causa del amor"

Hacia el fin de su vida no dijo: "Bien, hice lo que pude"; hasta en sus últimos instantes sus poesías son un continuo lamento por no haber podido combatir bastante. Escríbe: "La lucha por la existencia impidióme llegar a ser un poeta y mis caídas impudicamente hicieron un luchador"; y aún: "Solo el que haya servido a los fines de su época y dedicado toda su vida a la lucha por los hombres, sus hermanos, sólo este vivirá más allá de su muerte".

Una vez más nos ofrece un verso de desconsuelo, pero no es frecuente. Se alude a un hombre que sólo vive miserable en un trabajador se-

remo, unas veces ruidoso y otras inmensamente alegre.

Es raro que Nekrasof idealice al aldeano; la mayor parte de las veces lo toma tal como es, en su misma vida; y la fe del poeta en las fuerzas de este aldeano ruso es profunda y vigorosa: "Un poco más de libertad para respirar — dice — y Rusia mostrará que tiene hombres y porvenir". Es esta una idea que repite frecuentemente en su poesía.

La mejor poesía de Nekrasof es *Prinvariz-roja*. Es la apoteosis de la aldeana rusa. En sí, la poesía no tiene nada de sentimental. Por el contrario, está escrita en una especie de elevado estilo épico, en la segunda parte, cuando intenso frío atraviesa el bosque y la aldeana, helándose, poco a poco muere, mientras desfilan ante sus pupilas las imágenes magníficas de su pasada felicidad — todo esto es maravilloso, aun desde el punto de vista del más estético de los críticos, porque ha sido escrito en buenos versos y presentado con una sucesión de hermosos cuadros e imágenes. *Los muchachos de los aldeanos* es un encantador idilio de aldea. La "Musa de la venganza y de la melancolía" — como dice uno de nuestros críticos — deviene maravillosamente cariñosa y gentil en cuanto habla de mujeres y de niños. En realidad, ningún poeta ruso ha hecho tanto por la apoteosis de la mujer, y especialmente de la mujer-madre, como este poeta de la venganza y de la melancolía al que se le creyó un inhumano. En cuanto Nekrasof comienza a hablar de una madre, deviene verdaderamente grande; y las estrofas que dedicó a su madre, una mujer que vive como en la casa de su propietario, entre gente cuyo único pensamien-

to se reduce a cazar y a beber y maltratar a sus siervos — estas estrofas son verdaderamente perlas en la poesía de todas las naciones.

Su poesía dedicada a los desterrados en Siberia y a las mujeres rusas — es decir a las compañeras de los decembristas — en el destierro, es excelente y contiene estrofas maravillosamente hermosas; empero, no supera a sus poemitas que tratan de los aldeanos o el poema *Sacha* en el cual, contemporáneamente a Turguenef, describe idénticos personajes en Rudin y en Natacha. Y la escena que pone término al primero de ellos, cuando es referido el coloquio del príncipe Volkonsky con su esposa, en el fondo de una mina en Siberia, es una de las más bellas páginas de la poesía mundial.

Ciertamente, los versos de Nekrasof llevan con frecuencia vestigios de una penosa lucha con la rima y en los poemas hay versos de poco valor; pero no es menos cierto que él es uno de los poetas más populares en la masa del pueblo. Una parte de sus poesías se ha hecho ya patrimonio común de toda la nación rusa. Se le lee inmensamente, no sólo en las clases cultas, sino también entre los más pobres aldeanos. Y ha sido justamente observado, por nuestros críticos, que para comprender a Puskin es necesario un desarrollo literario más o menos artificial, mientras que para entender a Nekrasof es suficiente al aldeano saber leer; y es difícil imaginarse, sin haberlo visto, con qué delicia los muchachos rusos, en las más pobres escuelas de aldea, leen acurritamente a Nekrasof y aprenden de memoria páginas enteras de sus versos.

PEDRO KROPOTKIN

PAGINAS DE HISTORIA

Pueblo y burguesía en Italia

La importancia que gozó Italia en la edad media, debida a que fué la primera, entre las naciones occidentales, que combatió y derribó el feudalismo.

Mientras en Francia las comunas, después de un vigoroso esfuerzo, formábase impotentes y acababan por colocarse al lado del sistema feudal, aceptando bajo forma de privilegio lo que primero habían reclamado como derecho, mientras que en Inglaterra la aristocracia sabía ceder a tiempo y admitir las ciudades en el Parlamento, sin por eso abandonar sus privilegios basados en la conquista, en la posesión del suelo, Italia, por una serie de revoluciones inteligentes y necesarias, consiguió desembarazarse no solamente del sistema feudal, sino de lo que es más difícil aún, de los prejuicios feudales.

Por otra parte, en Italia la propiedad del suelo era considerada como signo distintivo, como la condición indispensable del derecho político, se estaba clasificado en la sociedad en razón del suelo que cada uno poseía; el mismo burgués, el hombre de las ciudades, no era burgués, sino con la condición de poseer un inmueble en la ciudad, de tener casa propia. La tierra dominaba al hombre.

En Italia, desde el siglo XII manifestábase esta arrogancia individual del hombre, que quiere ser apreciado en su valor, que se separa de la gleba, que substituye a la influencia de la propiedad muerta el esfuerzo vivo y personal del trabajo. La ley no pregunta al italiano lo que posee, sino lo que hace. De esta manera, los que poseían vastos dominios quedaron reducidos a la nada. Es el trabajo el que hace al individuo y no la posesión del suelo. El que no estaba inscripto en el libro público, en uno de los oficios conocidos, era un miembro inútil o nocivo, y como tal suprimido del cuerpo del estado. El noble que deseaba seguir siendo ciudadano, debía tomar a costear una profesión; la aristocracia terrateniente sufrió el predominio del trabajo industrial. Esta revolución estableció así, desde el siglo XII la sociedad italiana sobre un principio que Europa está lejos de haber alcanzado en el siglo XIX. La antigüedad había hecho del trabajo un deshonrar; el catolicismo un castigo, casi una vergüen-

za. La Italia de la edad media, aunque alimentada por los reveses de la antigüedad, aunque seriamente adicta a la religión católica, desembarazase de estas dos influencias; rehabilitó el trabajo hasta convertirlo en el principio del derecho social. Y solamente esto prueba cuán profundamente personal era el movimiento que, bajo diferentes formas, por medio de innumerables revoluciones, agitaba, sacudía sin cesar las comunas italianas. Si se quiere comprender este movimiento, es menester distinguir la parte de la imaginación y la de la razón. Es la imaginación que engrandece las tradiciones del antiguo imperio, que olvida las catástrofes y las miserias, y sólo ve los esplendores y el prestigio, que da como ideal a los italianos la restauración imperial, la representación del pueblo en un hombre, la dominación universal por el cesarismo. Dejemos hablar a los poetas y los artistas, dejemos también al pueblo aciar a los tribunos, que lo embriagan con el espectáculo de esta falsa grandeza y busquemos un poco más lejos la obra de la razón. La razón da a cada hombre el sentimiento de su propio derecho, de su individualidad, y lo incita a trabajar para realizar su derecho, para desarrollar su individualidad; y esto es lo que hace el italiano, a esto entrega toda su energía, todo su valor. Hace exactamente lo contrario de lo que sueña. La historia italiana es una perpetua contradicción entre el ideal y el hecho, entre el sueño y la realidad. El ideal es el cesarismo, la absorción de todos en uno solo; el hecho son las comunas, los grupos diseminados, independientes, viviendo cada uno su propia vida.

El sueño es la dominación universal por un poder fuerte; la realidad es la libertad dada al individuo, la dilatación de las fuerzas, de las ambiciones individuales.

Mientras parece perseguir un ideal de unidad, de centralización, de despotismo y anonadamiento, Italia llega a una espléndida realidad de diversidad, de federación, de expansión y de libertad. No olvidemos que esta realidad la consigue la libertad individual, por revoluciones sucesivas, por una anarquía inteligente. El desarrollo del trabajo había traído

conligo prontamente la formación de una aristocracia nueva, la aristocracia de los oficios, de los comerciantes, de los mercaderes, de la nobleza de la riqueza nobiliaria. La ciudad italiana comprende estos tres elementos: la aristocracia feudal, la burguesía y el pueblo. De esta trinidad, nacen combinaciones, desconocidas a la antigüedad; sea que estas clases obrasen cada una aisladamente, sea que estuviesen ligadas entre sí, llegan a producir una variedad de facciones, de partidos asombrosos. No es la simplicidad de la ciudad antigua, en la que dos elementos se encuentran siempre en presencia, los grandes y los desaherados, los patricios y los plebeyos. Italia desde la edad media ve nacer y desarrollarse una lucha, que cremos corresponda a los tiempos modernos, la lucha de la burguesía y del pueblo, a la que se mezclan las convulsiones de la aristocracia magullada y abatida.

Tan largo tiempo como duró en ellos la esperanza de una restauración imperial, los nobles quedaron unidos entre sí, ensayando reconquistar violentamente la supremacía en la sociedad. Pero durante los largos intervalos en que los emperadores tardan en reaparecer, esta aristocracia aislada, sin cabeza, sin jefe, se siente vacilante y como abandonada. Se observa que su fundamento se derrumba con la fe en la resurrección caballerescas del Santo Imperio. En la mitad de las ciudades los burgueses a pié, detrás de las barricadas y las cadenas, con las que cerraban las calles, tenían cierta ventaja sobre la caballería de los condes. Estos, vencidos cien veces, desterrados, arruinados, obligados a cultivar con sus manos la tierra de la cual han sido desposeídos, acaban por desesperarse; se dividen. Los unos van a engancharse al servicio de pequeños señores o tiranos, que les dan abrigo y pan. Los otros, olvidando cada vez más su pasado, avergonzados de su miseria presente, imaginan, para volver a entrar en la sociedad activa, una cosa que hasta entonces no había concebido el espíritu de ninguna aristocracia: fué la de romper ellos mismos sus títulos, cambiar sus nombres, suplicar a las comunas aceptarlos por plebeyos.

En el resto de Europa la nobleza tenía siempre su refugio en el rey. En Italia, donde el reino había desaparecido hacía mucho tiempo, donde la nobleza estaba, por decir así, suspendida, sin base, se la vio confesarse vencida, inclinarse ante la revolución, y como un beneficio, pedir el Estado plebeyo. Y cuando las comunas consentían acordar este favor, unían esta singular restricción: si un noble admitido al rango de los plebeyos se hacía culpable de una muerte en el espacio de diez años, sería condenado a ser suprimido del pueblo y vuelto a arrojarse entre los grandes. De modo que, por una inversión de todo lo anterior, el más duro castigo de nobleza, al asesino, era el estigma de nobleza. Ser grande en Florencia era, desde el punto de vista de la consideración y del honor, como ser forzado en nuestros días. La nobleza se convirtió en un presidio moral.

Los condes, los nobles, se inscriben en el libro de los carpinteros, o de los petersos, o en la corporación más numerosa de la Igna. Mientras que en otra parte el Estado llano penetraba en el feudalismo, se impregnaba de su espíritu, de sus costumbres, de sus prejuicios, en Italia es la nobleza quien entra en el Estado llano, desaparece como clase y deviene plebeya. Ya que desespera obrar en su propio nombre, la nobleza, unida a las repúblicas, se divide entre los oficios. Más de una vez los nobles desposeídos lograron así reconquistar, temporalmente la ventaja y apoderarse del gobierno de la ciudad; pero sólo se concibe como accidentes locales, y comprueban mejor la derrota irremediable de la nobleza considerada como clase. Un partido que no osa enarbolar más su estandarte se confiesa vencido.

Pero al mismo tiempo que la nobleza desconfía, la burguesía se elevaba; las artes, las ciencias, el comercio, la industria habían creado una nueva clase; impulsada por sus luces y su energía, se obligaba a ser respetada en que la destrucción de la nobleza parece anunciar la pacificación universal, la guerra reconquista, y se lee en las crónicas estas pa-

labras extraordinarias, que resumen prolongadas épocas:

"En aquel tiempo hubo una batalla entre el pueblo gordo y el pueblo flaco".

Tocamos un nuevo período de la historia italiana, período cuyo es difícil fijar la fecha y precisar las fases, pero que comienza al fin del siglo XIII, en ciertas ciudades mientras que en otras se lucha aún contra la aristocracia, a la que se persigue.

El pueblo gordo es la gran burguesía, que forma una clase distinta, teniendo sus tradiciones, sus intereses, sus máximas de gobierno: los *popolani grassi* son los jueces, los médicos, los notarios, los doctores, los banqueros, los comerciantes, que quieren rechazar fuera del derecho político o, como se decía hace treinta años, fuera del país legal, la turba de los artesanos, de los proletarios, de la plebe y de los hombres flacos.

"Apenas la burguesía, dice M. Quinet, hubo vencido a la rancia aristocracia, merced al concurso del pueblo, cuando sin decir jagua va! arremetió contra el pueblo con una furia, encarnizamiento y potencia de odio que nada cansó".

Desde el primer momento es orgullo de la clase advenediza, está en las crónicas, con palabras injuriosas. "¿Qué nos importan la opinión y los hadros de ese populacho? ¿Qué puede haber de común entre ella y la justicia? ¿Sería hermoso ver que con tanta ignorancia se imaginase ser algo? que los mercachifles vendan y compren su sordido botín; que los herreros forjen el metal; que los hombres dedicados a oficios liberales busquen el miserable lucro, nadie les impide ocuparse en los trabajos para los cuales están hechos. ¿Pero la locura residiría en solicitar consejo de gentes que no han realizado ningún estudio! Mas cuando se trata de sabiduría y de prudencia, que no se mezclen con los hombres serios; que no se discutan lo que serían incapaces de comprender. Que tengan la sensatez de permitir a las clases elevadas resolver la paz y la guerra y la dirección del gobierno".

No parece este resumen de las crónicas italianas, extractadas literalmente de los diarios contemporáneos? ¿Y los *popolani grassi*, no hablan como los excelentes conservadores de nuestros días? ¿Pero, a tu vuelta; si permaneces tranquilo se te arrojará de tiempo en tiempo un hueso; si te mueves, ojo al garrote!

Mientras el odio ardía lentamente en el corazón del pueblo, la burguesía realizaba sus negocios, desde el fondo de sus mostradores dirigía sus navíos, sus soldados, sus empleados, sus marinos, conquistaba territorios, descubría continentes, se extasiaba ante las obras maestras de sus artistas, admiraba sus poetas, finalmente atiborraba sus cajas. De vez en cuando un grito la distraía, y la forzaba a efectuar una tregua en sus dulces ocupaciones. El pueblo flaco se precipitaba a la plaza pública, gritando: "¡Muerte al pueblo gordo!".

La historia social de Italia, como la de la Francia actual, pone de manifiesto que los plebeyos, apenas salidos del pueblo, reaccionan furiosamente contra él.

J. GUYOT y S. LACROIX.

"Historia de los Proletarios".

Errico Malatesta

La vida de un anarquista

Un tomo en 2.^o, rústico, \$ 1.20
Edición especial, papel piuma, 2.90
encuadernado en tela, 3.50

(A fin de evitar posibles extravíos, recomendamos a los compradores que a todo pedido que haya de servirse por correo se acompañe el correspondiente imperte por el certificado.)

Todo pedido debe venir acompañado de su importe, a nombre de A. Barrera

Pedidos a Ferrá 1557

Buenos Aires

Luis Buchner

(Conclusión)

Antes de cerrar este esbozo de la vida y la obra del sabio vulgarizador, no podríamos menos de citar aquí que Buchner fué invitado por el comité organizador del monumento elevado en 1886 a la gloria de Diderot en París a concurrir y tomar la palabra allí en nombre de los libre-pensadores de Alemania. Pronunció en esa ocasión un discurso en francés que los grandes diarios de la época, el *Temps*, la *Republique française*, de Gambetta, no sólo no reprodujeron, sino que no dijeron ni una sola palabra. Un grupo de estudiantes había resuelto también protestar contra la "intrusión" de Buchner en esa solemnidad, y no se avergonzaron de difundir un cartel, la víspera del 13 de julio, día de la manifestación, en todo el barrio latino, con esta leyenda injuriosa y estúpida: "Nosotros, estudiantes franceses, indignados por la intrusión de los alemanes en la inauguración de la estatua a Diderot, invitamos a nuestros camaradas a protestar contra el discurso del espía alemán Buchner, mañana martes, 13 de julio, en la plaza de St. Germain-des-Prés a las cuatro y media".

Las primeras palabras del discurso del libre-pensador, fueron, en efecto, dirigidas por las protestas aisladas de algunos energúmenos, de los cuales ninguno había leído una línea de las obras del médico filósofo, pero a estas protestas indignadas respondieron pronto vigorosos aplausos.

Buchner pronunció con una voz fuerte y sin emoción aparente, el siguiente discurso: "Señoras y señores: El hombre cuya memoria-honramos no es sólo una gloria de Francia, es reivindicado por todos los amigos de la ciencia libre y del librepensamiento, cualquiera que sea su idioma, cualquiera que sea su país. Es por esta razón que el comité Diderot ha querido dar a esta solemnidad un carácter internacional: es por eso que me ha invitado a representar aquí a los libre-pensadores de mi patria. Acepté esta amable invitación tanto más voluntariamente cuanto que a mis ojos Diderot es uno de los más grandes y de los más nobles genios de todos los tiempos, y su modalidad de pensamiento acusa un estrecho parentesco con el nuestro. La profundidad de sus sentimientos, la exuberancia de su fantasía, unida a la actividad, a la sagacidad, a la osadía intelectual, — esta fusión simpática de las altas cualidades del espíritu, o más bien, como decía Goethe, de los espíritus "parentes" de ambas orillas del Rhin, — han hecho que se llamara a Diderot el más alemán de los filósofos franceses, pero Diderot es aún más; es, en el verdadero sentido de la palabra, el cosmopolita de la ciencia y del pensamiento libre. Es para el mundo entero para quien escribió y vivió. Durante su vida se le admiraba tanto a las orillas del Neva como a las del Sena.

"Festejando un centenario como este, es imposible dejar de comparar dos épocas: el siglo último y el nuestro. La confrontación está lejos de ser satisfactoria desde todos los puntos; las clases dirigentes de la sociedad, en el siglo XVIII eran favorables en Europa, más que las de nuestro tiempo, al libre pensamiento. Sin embargo, a pesar del retroceso parcial y aparente, el espíritu humano representado por la ciencia ha hecho progresos gigantescos, sobre el cual no cabe duda.

"Hoy es a la ciencia a la que el libre pensamiento toma sus armas más irresistibles. Si el gran Diderot pudiese acudir a la muerte y ocupar su puesto en el campo de batalla del espíritu; ¡qué alegría sería la suya! Sus amplias teorías, sus puntos de vista pensales; creados por su claro y penetrante espíritu, los vería todos encadenados por la ciencia misma; vería la gran doctrina de la evolución, de que había tenido un claro presentimiento, sólidamente fundada hoy por Lamarck y por Darwin, y que resuelve sin esfuerzo gran número de problemas que le atormentaban. Pero a la alegría de nuestro

gran apóstol del libre pensamiento esto no carecería de sombras. Un siglo entero, y uno de los más fecundos desde el punto de vista científico, no ha bastado para hacer triunfar la verdad. Hoy todavía, como en tiempo de Diderot, la superstición encierra en sus redes al mayor número; la multitud, ciega e inconsciente, se inclina ante todos los altares de los dioses. Sólo una minoría siempre creciente, es verdad, sigue las huellas de Diderot, de Voltaire, de d'Holbach, de Helvetius, de Bayle, de Feuerbach, de Strauss, de Darwin, de Haeckel y de tantos otros héroes de la ciencia y del libre pensamiento. Haría podido prolongar sin ostentamiento la lista de los grandes hombres que acabo de citar revueltamente y sin distinción de nacionalidad, porque, en el dominio de la ciencia y de la verdad, las distinciones desaparecen; en esta gran república intelectual, todos los hombres de buena voluntad son hermanos, porque todos aspiran al mismo fin, es decir a la emancipación del género humano, tanto espiritual como corporalmente. La verdad es cosmopolita; como su ilustre defensor Diderot, no es ni francesa, ni alemana, ni rusa, ni italiana; es la verdad, idéntica y la misma para el que la pueda descubrir y comprender.

"No quiero decir que la investigación de lo verdadero sea una tarea fácil. La verdad, como dijo el gran filósofo Schopenhauer, no es una cortesana que salta al cuello de quien la desdén; al contrario, es una bella tan altiva y tan orgullosa que el mismo que lo sacrifica todo por ella no está seguro de poseerla. Pero esta dificultad misma es un estimulante y si, por esta noble persecución, el objeto final parece alejarse sin cesar, basta al espíritu humano haberla entrevisto. La verdad tiene derechos imprescriptibles, ha dicho Voltaire. La verdad es nuestra estrella conductora, la adoramos y sobre sus altares hacemos sacrificios, por la más grande felicidad, por la mayor ciencia y por la mayor libertad del género humano.

"Es en nombre de estos nobles intereses que me arriesgué a tomar aquí la palabra, bajo el patronato del gran nombre de Diderot, de un hombre cuyo corazón y cuyo espíritu estaban por encima de las mezquinas rivalidades de los pueblos y de las naciones. En una obra notable sobre la vida y las obras del gran filósofo francés, el profesor Rosenkranz nos enseña a admirar en Diderot a la vez las cualidades germánicas y las cualidades francesas. ¿Qué ocasión sería, pues, más favorable que una solemnidad consagrada a la memoria de este gran hombre para proclamar la solidaridad de los pueblos europeos, la gran unión internacional que no tendremos la dicha de ver con nuestros propios ojos, pero que podemos profetizar con seguridad para los que nos sigan? Y sucederá esto a despecho de los enemigos del progreso, a despecho de las semillas de odio depositadas en los corazones por la mayor de las plagas: la guerra, supervivencia de los tiempos prehistóricos, de esas edades lejanas en que los hombres tenían entre sí relaciones brutales feroces.

"En el fondo, las relaciones entre los pueblos no difieren esencialmente de las relaciones entre los individuos. Para unos como para otros el deber es unirse estrechamente para trabajar juntos y acrecentar la dicha y la sabiduría comunes. Es necesario que la famosa lucha por la vida, tan a la moda desde Darwin, cese de ser una lucha entre los individuos, entre las naciones, para convertirse en un combate común de todos los hombres contra los ayes naturales, contra las calamidades sociales, contra el vicio y contra el hambre.

"He aquí por qué acepté el tomar la palabra en esta solemne ocasión. He deseado traer también un sincero testimonio de simpatía de los libre-pensadores de más allá del Rhin; son pocos numerosos, es verdad, los que se atreven a enarbolar bravamente su bandera, pero se

rán legión, es lo seguro, si día que desparezcan la opresión política y teológica que pesan todavía sobre los espíritus de mi desgraciada patria. En ese día dichoso, nosotros, libre-pensadores, seremos los primeros en tenderla a mano y a fundar por fin la entente cordial del porvenir entre todos los pueblos libres y cultos.

"Os agradezco vuestra benevolente atención y terminaré con esta famosa sentencia, que salió de los labios de Diderot moribundo: "El primer paso hacia la filosofía es la incredulidad". Si es preciso oponer la incredulidad al dogma que tiraniza el cuerpo y el espíritu, a las vanas especulaciones de los filósofos espiritualistas, a las falaces promesas de las religiones, a las adúlaciones de algunos despotas políticos; pero es preciso creer en la verdadera ciencia, en la filosofía experimental y en las amplias esperanzas de los que quieren hacer del género humano más dichoso, más noble y más virtuoso lo que es al presente.

"Es bajo esa gloriosa bandera que triunfará el pensamiento libre y como llegaremos al gran objetivo del porvenir, es decir, a la libertad, al bienestar y a la instrucción para todos los hijos de los hombres".

La prensa alemana lanzó rayos y centellas contra el audaz sabio que había tenido la temeridad de asociar su país a la glorificación de un filósofo francés; pero Buchner, habituado a ser vilipendiado por los adversarios de mala fe, no se preocupó de las calumnias y de las difamaciones de los periodistas alemanes, como no tuvo en cuenta las estúpidas injurias de algunos estudiantes de París.

Buchner, después de haber ejercido una gran influencia sobre sus contemporáneos como hombre y como escritor, después de haber contribuido a emancipar a muchos de ellos del misticismo científico y filosófico, emprendió al declinar el último siglo y al fin de su vida la tarea de resumir en una vasta síntesis el estado de nuestros conocimientos generales. En esta última obra, que es como su testamento científico y filosófico, echó una mirada conmovida sobre el pasado y deduce las lecciones para el porvenir.

No hemos dicho nada en las páginas que preceden, de la vida privada de Buchner. Puede resumirse en algunas líneas. Se casó en 1860 con Sofia Thomas, hija de un escritor y sabio de Francfort. Muy instruida, tenía un sentido muy afinado para todo lo que era bello en la vida. Supo hacer de su casa el punto de reunión de todos los espíritus libres, independientes y cultos que acudían de todas partes a rendir homenaje a la ciencia de su ilustre esposo. Este murió en 1899, a la edad de 73 años, con la serenidad de un sabio antiguo, como un filósofo emancipado de todas las viejas supersticiones, dejando a sus hijos, con un nombre gloriosamente llevado, el ejemplo de todas las virtudes.

VICTOR DAVE



Y Edward Huxley no...
Pedro Kropotkin
JUSTICIA Y MORALIDAD

(Continuación)

Edward razona con perfecta lógica. Una de dos: O bien Huxley tiene razón al sostener que no existe en la naturaleza un proceso ético, o bien Darwin, que en su segundo trabajo fundamental "El Origen del Hombre" afirma con Bacon y con Augusto Comte que en los rebaños de animales, a consecuencia de esa vida de rebaños, el instinto de la comunidad se desarrolla tan fuertemente y se vuelve tan poderoso y decisivo que triunfa hasta sobre el instinto de la propia conservación (1). Y puesto que Darwin demostró con Shakespeare (2) que ese instinto es exactamente tan fuerte en el hombre primitivo, sólo que se desarrolló más y más por la tradición, es claro que, si esa concepción es justa, el origen moral en el hombre no puede ser otro que la evolución del instinto de la socialidad, propio a todos los seres vivos y que es observado en toda la naturaleza viviente.

En los hombres ese instinto se ha desarrollado más y más con la evolución de la raza, de la experiencia y de las costumbres correspondientes. La capacidad del lenguaje y más tarde el desarrollo de la escritura ayudaron mucho al hombre a recoger experiencias vitales y a desarrollar cada vez más los hábitos de la vida en común y de la solidaridad, es decir la dependencia recíproca de todos los miembros de la sociedad. De este modo es comprensible, antes de que nazca la conciencia humana del deber, la conciencia del deber, es la que Kant definió tan magníficas líneas, pero sobre la cual no pudo dar ninguna explicación moral en tantos años de investigaciones.

Así declaró Darwin "un hombre tan versado en las leyes naturales, el sentimiento del deber. Pero ciertamente cuando se juzga la vida de los animales de acuerdo a los ejemplares del Jardín Zoológico y se observa los hábitos de la vida efectiva de la naturaleza y se quiere describir, según anteriores observaciones conceptuales, entonces sólo queda realmente nada más: investigación de los sentimientos morales en sus misteriosas profundidades".

En esta situación se ha colocado Huxley mismo. Pero ¿cuán raro es esto también "unas semanas después de haber leído su conferencia, cuando la hizo aparecer como folleto, ya completó con una serie de anotaciones, con las que contradujo por completo uno de los pensamientos principales de su conferencia: el de los "procedimientos"...

Como llegó Huxley a semejante complementación, que contradice por completo los pensamientos especiales de lo que predicó poco antes? — No lo sabemos. Se puede suponer solamente que lo hizo bajo el influjo de su amigo, el profesor Romanes de Oxford, que como se sabe, preparaba en esa época material para su trabajo sobre la moralidad en los animales y bajo cuya dirección pronunció Huxley su conferencia en la Universidad. Puede ser que también otro de sus amigos haya ejercido ese influjo en él. Pero no quiero investigar los motivos de un cambio tan palpable. Tal vez lo hagan los biógrafos del profesor Huxley.

Para nosotros sólo importa lo siguiente: para todo el que se ocupa seriamente del problema de los orígenes de la moralidad en la naturaleza debe ser claro que los animales que viven en rebaño son obligados por la naturaleza a adoptar ciertos instintos, es decir hábitos hereditarios de carácter moral.

Si tales hábitos no sería posible la vida de las comunidades. Por eso encontramos en las comunidades de animales y de animales superiores de sangre caliente (y en especial las hormigas, avispas, abejas, que están en la cabeza de la clase de los insectos) los primeros rudimentos de conceptos morales. Encontramos en ellas el hábito de vivir en sociedades, que es para ellas una necesidad y una costumbre: no hacer a los otros lo que no quieren que se les haga, como así con frecuencia el auto-sacrificio en favor de los miembros de la sociedad.

Si una joven papagayo lleva del nido de otros una ramita, se lanzan los demás sobre él en bandada. Si en la primavera ocupa una golondrina en nuestros países después de su regreso de África un nido que no le perteneció en años anteriores, es arrojada de ese nido por las otras golondrinas de la comarca. Cuando una bandada de pelicanos penetra en el radio de pesca de otra bandada, es expulsada, etc. Hechos idénticos, que fueron examinados ya en el siglo pasado por los fundadores de la zoología y confirmados después también por muchos observadores modernos, son innumerables. Sólo son desconocidos a aquellos zoólogos que no han trabajado nunca en la naturaleza libre (3).

Se puede afirmar por consiguiente con precisión que las costumbres de la moralidad y del apoyo recíproco se desarrollaron ya en la vida animal y que el hombre primitivo conoció esos rasgos de la vida de los animales muy bien, como puede deducirse de las tradiciones y religiones de los hombres primitivos (4).

También demuestra el estudio de los pueblos primitivos existentes aún que las costumbres de la comunidad se desarrollan cada vez más en ellos. Descubrimos en ellos una serie de usos y costumbres que domestican la arbitrariedad de los individuos y determinan los fundamentos de la igualdad de derechos.

En verdad la igualdad de derecho forma la base de la economía de la tribu. Cuando alguien, por ejemplo, ha vertido la sangre de un miembro de otra familia en una rifa, debe perder su sangre en igual medida. Cuando alguien ha herido a uno de su familia o de una familia extrajera, uno de los parientes del herido tiene derecho, mejor, debe inferirle la misma herida de igual tamaño al herido. La ley "ojo por ojo" o "diente por diente, vida por vida", pero no más, forma la regla conservada sagradamente por todos los pueblos que viven en comunidades familiares. Ojo por diente, una herida mortal por una superficial, contradeciría el concepto usual de la igualdad de derechos y de la justicia. Se advierte lo siguiente: aún ese concepto arraigó tan hondamente en la conciencia de los pueblos primitivos, que cuando un cazador vierte la sangre de un animal próximo a la especie humana según su idea, como por ejemplo un oso, los parientes vierten unas gotas de sangre del cazador, aunque solo pocas, en nombre de la justicia hacia la familia del oso. Muchas de las costumbres han quedado como supervivencias de las épocas anteriores, también en los pueblos civilizados, junto a las reglas morales atenuadas desarrolladas hasta nuestros días (5).

En las mismas comunidades tribales comenzaron a desarrollarse gradualmente otros conceptos. Un hombre que ha llamado a alguien, está obligado a buscar la reconciliación y sus parientes tienen el deber de intervenir como mediadores pacíficos.

Cuando se examinan atentamente las representaciones de los pueblos primitivos sobre la justicia, es bastante que no se tienen exclusivas y finalmente otra cosa que el deber de no tratar a otro miembro de la propia tribu de un modo distinto a como desean que se los trate, es decir lo mismo que constituye el fundamento de toda moralidad y toda ciencia de la moralidad, — la ética, — (6).

Pero más aún. Encontramos también elevados conceptos en los representantes más primitivos de la humanidad. Consideremos por ejemplo las reglas morales de los alcuas, que forman una parte de los pueblos más primitivos de las esquimalas. Nos son bien conocidas gracias a los trabajos de un hombre extraordinario, el misionero Wenzmann (8) y podemos presentarlos como buenos ejemplos de conceptos éticos del hombre del período post-islámico, tanto más cuanto que hallamos idénticas reglas en otros que nos son más conocidos. Un ejemplo típico es el siguiente: "Cuando alguien de tus parientes muere, debes ir a su entierro y llorar con él".

Entre los alcuas hay dos clases de reglas: prescripciones obligatorias y simples consejos. La primera, como también las reglas de que he hablado al principio de esta conferencia, se basan en el principio del tratamiento igual para todos, es decir, en el principio de la igualdad de derechos. A esto pertenecen las exigencias: no matar bajo ningún pretexto o herir a un miembro de la tribu; el deber de prestar a los miembros de la tribu toda suerte de ayuda y de compartir con ellos el último bocado; protegerlos contra los asaltos, respetar los dioses de la tribu, etc. Estas reglas constituyen tan naturalmente las reglas de la economía tribal que no pueden ser pasadas por alto.

Pero junto a estas estrictas leyes hay entre los alcuas y los esquimales ciertas demandas morales que no pueden ser exigidas, si no sólo recomendadas. No se puede expresar con la fórmula "esto o aquello debes hacer"; tampoco la fórmula griega "esto debe ser hecho" es apropiada; el alcuá dice en este caso: "es una vergüenza no hacer esto o aquello".

Es, por ejemplo, una vergüenza no ser fuerte y flaquear en una expedición mientras los demás sufren hambre.

Es una vergüenza no ir al mar cuando sopla fuerte viento; en otras palabras, es una vergüenza ser cobardo y no querer luchar contra la tempestad.

Es una vergüenza no ofrecer en la caza el mejor trozo a los compañeros; en otras palabras, ser avaricioso.

Es una vergüenza mostrarse zalamero con su mujer en presencia de un extraño y es una gran vergüenza en el cambio de artículos dar el precio más bajo por los propios. El honesto vendedor acepta el precio que el comprador le ofrece, así era al menos la regla general, no solo entre los alcuas de Alaska, entre los chukchechen al noroeste de Siberia, sino también en la mayoría de las naturalezas de las islas del océano atlántico.

Lo que los alcuas quieren decir con las palabras: "es una vergüenza no ser tan fuerte, ni tan hábil, ni tan generoso como los otros" — es claro. Quieran decir con eso "que es una vergüenza ser débil, es decir no ser igual a los demás corporal y moralmente". Con estas palabras condenan a aquellos que no correspondan a la deseada igualdad en el valor de todos los miembros de la tribu. No demuestran ninguna debilidad que demande la compensación.

Los mismos deseos hallan expresión en las canciones que cantan las mujeres de los esquimales en las largas noches del invierno y en las reglas tan ridiculizadas "los hombres que no se han mostrado a la altura debida en las mencionadas situaciones o que llegaron a la cadera sin suficientes motivos o que se revelaron insupportables o tibios" (7).

Así vemos que junto a los sencillos principios de la justicia, que no son otra cosa que pruebas de la igualdad y de los derechos iguales, los alcuas presentan aún ciertos deseos éticos. Exhortan al deseo de que todos los miembros de la tribu deben aspirar a ser iguales a los más fuertes, a los más prudentes, a los más resistentes, a los más generosos de ellos. Estas frases de conducta que han sido elevadas a regla, significan ya algo más elevado que la simple igualdad de derechos. Son la expresión del esfuerzo hacia la perfección ética. Y este rasgo lo encontramos indudablemente en todos los pueblos primitivos. Saben que entre los animales que viven en sociedad los machos más fuertes se precipitan en la defensa de las hembras y de los hijos, a menudo sacrificando con ello su vida; en sus leyendas y canciones glorifican a los pueblos primitivos a aquellos de un círculo que perdieron la vida en la lucha contra la naturaleza o con los enemigos, defendiendo los suyos, o cuando mueren por otros como capitanes de guerra, los que han hecho algo extraordinario en su vida, amor, habilidad, peligrosidad para el bien de los suyos, sin preguntar luego reclamen ellos mismos como sueldo por ello.

Según estas indicaciones, es claro que los alcuas y los esquimales, como Huxley, pensaban ya en el sentido humano, y no sólo en el sentido animal, y en este se halla el rasgo más y más que la naturaleza, que la especie y por último, en una vida que se eleva en los "deseos" de la humanidad y en algunas de sus manifestaciones.

disposición a dar la vida por los hermanos fué glorificada en la poesía de todos los pueblos y luego trasladada a las religiones de la antigüedad con la adición de la venganza obligatoria; de antes, se convirtió en el fundamento del budismo y del cristianismo antes de que éste se convirtiera en un religión de Estado y reanudara a las ideas básicas que lo diferencian de las otras religiones.

Así no han desarrollado los conceptos morales en la naturaleza en general y después en la humanidad.

Quisiera presentarles con un corto resumen de su desenvolvimiento ulterior en los escritos de los pensadores desde la antigüedad hasta nuestros días. Pero debo renunciar hoy a ello, pues no terminaría en una conferencia. Sólo quiero hacer resaltar que la explicación naturalista de la moral en el hombre ha sido imposible hasta el siglo XIX, aunque Spinoza se acercó mucho a ella y también Bacon habló de ello acertadamente. Poseemos datos comprobados para convencernos de que los conceptos morales están estrechamente ligados a la existencia de los seres vivos, de que la lucha por la existencia, sin ellos no habría sido realizable; que la evolución de tales conceptos era igualmente inevitable, lo mismo que el movimiento progresivo, enlazar desde los organismos más simples hasta los hombres; y que esta evolución no habría sido posible si la marcha de los animales no hubiese poseído cualidades gregarias para, la vida común y hasta bajo ciertas circunstancias para el sacrificio de sí mismo.

(Continuación)

(1) Como instinto se explican las costumbres que arrigan tanto su sangre y en la carne que se heredan en los hombres y en los animales. Así los animales corrientes, tan pronto como se ven del hambre, aunque no hayan sido empullados por el calor de la gallina, a escarbar con las patitas la tierra, exactamente como la gallina adulta.

(2) Un pensador inglés, que escribió sobre la esencia de la moralidad, nació en 1674 y murió en 1713.

(3) Véase mi libro "El apoyo mutuo", en el que se citan fuentes.

(4) Al problema de la adopción de las reglas éticas por los hombres primitivos del reino animal he dedicado algunas páginas de mi artículo "Moralidad en la naturaleza", en la revista "Nineteenth Century", marzo de 1905.

(5) Ciertamente se comienzan a formar ya en los primeros tiempos de la fase de la tribu costumbres que asimismo la igualdad de derechos. El alcuá, el alcuá, el jefe guerrero adquiere en la tribu la importancia que poco a poco (principalmente por sociedades secretas) forman clases, sacerdotes, guerreros que asumen en la comuna tribal una posición particularmente privilegiada. Después, cuando en las tribus comienzan a formarse asociaciones familiares en la época en que las mujeres son apropiadas primero por el ataque y la subyugación de tribus extrañas y después por simple robo, se desarrolló una desigualdad que pasó a convertirse en ciertas familias en mejor situación que otras. Pero las comunidades tribales se transformaron y se fortalecieron con hoy donde existían, por miembros más débiles; y éstos por ejemplo entre los normandos que el guía de guerra (rey) que había asistido a un guerrero, como un guerrero simple guerrero debía pedir disculpas a la familia del muerto y pagar su captación usual (más o menos como el "dote" de un matrimonio).

(6) Después de Kropotkin, "Moralidad y Moralidad".

(7) Véase sobre este el informe de la captación de guerra que he publicado en 1886 en la revista "Nineteenth Century" y el trabajo "Moralidad y Moralidad"; los esquimales.